

LA ISLA DEL TIEMPO

CAZADORES DE SOMBRAS: LAS ÚLTIMAS HORAS

LA CADENA DE ORO

Cassandra Clare

Traducción de Patricia Nunes y Cristina Carro

DESTINO

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *The last hours. Book 1. Chain of Gold*

© 2020, Cassandra Clare, LLC

Publicado originalmente en Estados Unidos por Margaret K. McElderry Books, un sello editorial de Simon & Schuster Children's Publishing Division

Publicado mediante acuerdo con Baror International, INC, Armonk, Nueva York, Estados Unidos

© 2020, Traducción: Patricia Nunes y Cristina Carro

© 2021, Editorial Planeta S. A.- Barcelona, España

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial DESTINO INFANTIL & JUVENIL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: enero de 2021

ISBN: 978-84-08-23764-8

Primera edición en formato epub en México: febrero de 2021

ISBN: 978-607-07-7445-4

Primera edición impresa en México: febrero de 2021

ISBN: 978-607-07-7455-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

MEJORES ÁNGELES

Las sombras de nuestros deseos se interponen entre nosotros y nuestros mejores ángeles, eclipsando así su resplandor.

CHARLES DICKENS, *Barnaby Rudge*

James Herondale estaba en plena lucha contra un demonio cuando de repente fue arrastrado al infierno.

No era la primera vez que le ocurría, ni tampoco sería la última. Un momento antes había estado arrodillado en el borde de un tejado inclinado del centro de Londres, con un fino cuchillo arrojadizo en cada mano, pensado en lo desagradable que era la basura que se acumulaba en la ciudad. Además de porquería, botellas vacías de ginebra y huesos de animales, sin duda había un pájaro muerto atascado en el canalón bajo su rodilla izquierda.

¡Así de glamurosa era la vida de un cazador de sombras! Sonaba bien, pensó, mientras contemplaba el callejón vacío que se extendía bajo él: un espacio estrecho abarrotado de basura y mal iluminado por la media luna que se alzaba en el cielo. Una raza especial de guerreros, descendientes de un ángel, dotados de poderes que les

permitían usar armas de brillante *adamas* y portar las Marcas negras de las runas sagradas en el cuerpo, runas que los hacían más fuertes, más rápidos, más letales que cualquier humano mundano; runas que los hacían arder relucientes en la oscuridad. Nadie le había hablado de cosas como arrodillarse accidentalmente sobre un pájaro muerto mientras esperaba que apareciera un demonio.

Un grito resonó en el callejón. Un sonido que James conocía muy bien: la voz de Matthew Fairchild. Saltó del tejado sin dudarlo ni un momento. Matthew Fairchild era su *parabatai*: su hermano de sangre y compañero de lucha. James había jurado protegerlo, aunque eso no tenía importancia: con o sin juramento, hubiera dado su vida por Matthew.

Se vio movimiento en el fondo del callejón, donde se curvaba detrás de una estrecha hilera de casas. James se volvió en el momento en que un demonio surgió de entre las sombras rugiendo. Un cuerpo gris estriado, un afilado pico curvo lleno de dientes ganchudos y pies culminados en ásperas garras. «Un demonio deumas», pensó James. Recordaba claramente haber leído sobre los demonios deumas en uno de los viejos libros que su tío Jem le había dado. Se suponía que eran notables en algún aspecto. ¿Quizá extremadamente crueles, o excepcionalmente peligrosos? Eso sería típico, claro: todos esos meses de no toparse con ninguna actividad infernal, y luego sus amigos y él encontrándose con uno de los demonios más peligrosos que había.

Y hablando de eso... ¿dónde estaban sus amigos?

El deumas rugió de nuevo y se lanzó hacia James; la baba le colgaba de la boca en largos hilos de moco verde.

James echó el brazo hacia atrás, dispuesto a lanzar el primer cuchillo. El demonio le clavó los ojos durante un instante. Giraban en sus cuencas, verdes y negros, cargados de un odio que, de repente, se transformó en otra cosa.

En algo como el reconocimiento. Pero los demonios, al menos los de baja categoría, no reconocían a la gente. Solo eran animales crue-

les guiados por la codicia y el odio. Mientras James vacilaba, sorprendido, el suelo bajo sus pies pareció agitarse. Solo tuvo un instante para pensar: «Oh, no, ahora no», antes de que el mundo se volviera gris y silencioso. Los edificios que lo rodeaban se habían convertido en sombras irregulares, y el cielo, en una cueva negra atravesada por rayos blancos.

Apretó el puño en torno al cuchillo; no sobre el mango, sino sobre la hoja. La punzada de dolor fue como un golpe en la cara, espabilándolo. Al instante, el mundo regresó a él con todo su ruido y color. Apenas tuvo tiempo de registrar que el deumas estaba a medio salto, con las garras extendidas hacia él, cuando un torbellino de cuerdas azotó el aire, se enredó en las piernas del demonio y tiró de él hacia atrás.

«Thomas», pensó James, y efectivamente, su altísimo amigo apareció detrás del deumas con sus *boleadoras*. Tras él se hallaba Christopher, armado con un arco, y Matthew, con un cuchillo serafín en la mano.

El deumas se estrelló contra el suelo con un nuevo rugido, justo en el momento en el que James lanzaba sus dos cuchillos. Uno se le clavó al demonio en el cuello; el otro, en la frente. Puso los ojos en blanco y se sacudió violentamente. Entonces, James recordó de repente lo que había leído sobre los demonios deumas.

—Matthew... —comenzó, justo en el momento en que la criatura estallaba, cubriendo a Thomas, Christopher y Matthew de icor y trocitos quemados de lo que solo podía describirse como baba pastosa.

«Pegosteosos», recordó James demasiado tarde. Los demonios deumas eran notablemente pegosteosos. La mayoría de los demonios desaparecían al morir. Pero no los deumas.

Estos reventaban.

—¿C-cómo..., qué...? —tartamudeó Christopher, sin encontrar las palabras. La baba le goteaba por la nariz afilada y los lentes de montura dorada—. Pero ¿cómo...?

—¿Tratas de decir cómo es posible que finalmente hayamos localizado al último demonio en Londres y fuera también el más asque-

roso? —James se sorprendió de la normalidad de su propia voz; ya se estaba recuperando de la impresión provocada por el vistazo al reino de las sombras. Al menos, su ropa estaba intacta; el demonio parecía haber estallado sobre todo en dirección hacia la otra punta del callejón—. No somos quiénes para preguntarnos por qué, Christopher.

James tuvo la sensación de que su amigo lo miraba resentido. Thomas puso los ojos en blanco. Estaba limpiándose con un pañuelo que también estaba medio quemado y cubierto de icor, por lo que de poco le servía.

El cuchillo serafín de Matthew había empezado a parpadear. Los cuchillos serafín, imbuidos de la energía de los ángeles, solían ser las armas preferidas de los cazadores de sombras y la mejor defensa contra los demonios, pero no dejaba de existir la posibilidad de ahogar uno en abundante icor.

—¡Esto es horrible! —exclamó Matthew después de tirar a un lado el cuchillo inservible—. ¿Saben cuánto me he gastado en este chaleco?

—Nadie te manda salir a patrullar en busca de demonios vestido como un figurante de *La importancia de llamarse Ernesto* —bromeó James mientras le lanzaba un pañuelo limpio. Al hacerlo, notó una punzada en la mano. Tenía un corte ensangrentado en la palma debido a la hoja de su cuchillo. Apretó el puño para evitar que sus amigos se lo vieran.

—A mí no me parece que esté vestido como un figurante —aportó Thomas, que estaba ayudando a Christopher a limpiarse.

—Gracias —respondió Matthew con una leve inclinación de cabeza.

—Creo que va vestido como el actor principal. —Thomas sonrió de medio lado. Tenía uno de los rostros más amables que James había visto nunca, con unos agradables ojos de color avellana. Pero eso no quería decir que no disfrutara metiéndose con sus amigos.

Matthew se frotó el cabello, de un color rubio ceniciento, con el pañuelo de James.

—Es la primera vez en todo un año que nos encontramos un demonio durante una patrulla, así que supuse que mi chaleco podría sobrevivir esta noche. Tampoco es que ninguno de ustedes se haya vestido con el traje de combate.

Era cierto que los cazadores de sombras patrullaban en traje de combate, una especie de armadura flexible hecha de un material duro, parecido al cuero y resistente al icor, las armas blancas y cosas así, pero la falta de una auténtica presencia demoníaca en las calles los había hecho a todos un poco laxos con las reglas.

—Deja de frotarme, Thomas —protestó Christopher, agitando los brazos—. Deberíamos volver al Devil's y limpiarnos allí.

Un murmullo de asentimiento recorrió el grupo. Mientras recorrían el pegajoso camino hacia la calle, James se planteó que Matthew tenía razón. El padre de James, Will, le había hablado a menudo de las patrullas que solía realizar con su *parabatai*, Jem Carstairs, el tío de James, en las que tenían que pelear con demonios casi todas las noches.

James y los otros jóvenes cazadores de sombras aún patrullaban fielmente las calles de Londres, buscando demonios que pudieran hacer algún daño a la población mundana, pero, en los últimos años, la aparición de demonios había sido realmente esporádica. Era una buena noticia, naturalmente que lo era, pero aun así... resultaba algo raro. La actividad demoníaca seguía siendo la normal en el resto del mundo, así que ¿qué hacía que Londres fuera especial?

Había montones de mundanos yendo y viniendo por las calles de la ciudad, aunque ya era tarde. Nadie se fijó en el desaseado grupo de cazadores de sombras mientras avanzaban por Fleet Street; sus runas de *glamour* los hacían invisibles a cualquier ojo que no estuviera dotado de la Visión.

«Resulta siempre extraño estar rodeado de una humanidad que no nos ve», pensó James. Fleet Street era donde se ubicaban las oficinas de los periódicos y las cortes judiciales de Londres, y por todas partes había *pubs* brillantemente iluminados, llenos de trabajadores

de las imprentas, abogados y oficiales de los juzgados que se quedaban hasta tarde, bebiendo hasta el amanecer. En el cercano Strand, los musicales y teatros ya se habían vaciado y grupos de jóvenes elegantemente vestidos reían y alborotaban persiguiendo los últimos autobuses de la noche.

Los policías también estaban por ahí, haciendo sus rondas, y los ciudadanos de Londres, lo suficientemente desafortunados como para no tener casa a la que acudir, se acurrucaban en las ventanas de los sótanos por las que ascendía el aire caliente, pues incluso en agosto las noches podían ser húmedas y frías. Mientras pasaban junto a un grupo de esos personajes agazapados, uno alzó la mirada, y James captó un vistazo de la pálida piel y los destellantes ojos de un vampiro.

Apartó la mirada. Los subterráneos no eran asunto suyo a no ser que estuvieran transgrediendo la Ley de la Clave. Y estaba cansado; a pesar de sus Marcas de energía siempre lo agotaba verse arrastrado hacia ese otro mundo de luz gris y quebradas sombras negras. Era algo que llevaba años sucediéndole: sabía que era la herencia de la sangre de brujo de su madre.

Los brujos eran hijos de humanos y demonios: capaces de emplear la magia, pero no de soportar las runas o usar *adamas*, el cristalino metal del que se tallaban las estelas y los cuchillos serafín. Eran uno de los cuatro tipos de subterráneos, que incluían también a los vampiros, los licántropos y los seres mágicos. La madre de James, Tessa Herondale, era una bruja, pero no había sido una simple humana, sino una cazadora de sombras. La propia Tessa había poseído la capacidad de cambiar de forma y adoptar la apariencia de cualquiera, vivo o muerto: un poder que ningún otro brujo tenía. También era excepcional en otro aspecto: los brujos no podían tener hijos. Tessa era la excepción. Todo el mundo se había preguntado cómo repercutiría eso en James y su hermana, Lucie, los primeros nietos conocidos de un demonio y un ser humano.

Durante muchos años, parecía no haber tenido ninguna consecuencia. Tanto James como Lucie soportaban las Marcas y parecían

tener las habilidades de cualquier otro cazador de sombras. Ambos podían ver fantasmas, como al parlanchín fantasma residente del Instituto, Jessamine, pero eso no era raro entre los Herondale. Ambos parecían ser afortunadamente normales, o al menos tan normales como lo podía ser un cazador de sombras. Incluso la Clave, el órgano de gobierno de los cazadores de sombras, parecía haberse olvidado de ellos.

Entonces, cuando James tenía trece años, viajó por primera vez al reino de las sombras. Estaba de pie sobre la hierba verde y, al instante siguiente, se vio sobre tierra requemada. Un cielo igualmente requemado se arqueaba sobre él. Árboles retorcidos se alzaban del suelo, como garras atormentadas rasgando el aire. Había visto lugares así en grabados de viejos libros. Sabía lo que estaba viendo: un mundo demoníaco. Una dimensión del infierno.

Un momento después, había vuelto a la normalidad, pero su vida nunca había sido la misma desde entonces. Durante años, vivió con el miedo de que, en cualquier momento, volviera a aparecer entre las sombras. Era como si una cuerda invisible lo conectara a un mundo de demonios y, en cualquier momento, esa cuerda pudiera tensarse y arrastrarlo desde su entorno familiar a un lugar de fuego y ceniza.

Durante los últimos años, con la ayuda de su tío Jem, pensó que lo tenía bajo control. Pero, aunque solo fueron unos segundos, el suceso de esa noche lo había alterado, y se alegró de verse ante el Devil's Tavern.

El Devil's estaba situado en el número 2 de Fleet Street, junto a una imprenta de aspecto respetable. A diferencia de la tienda, estaba cubierto por un *glamour*, para que los mundanos no pudieran verlo ni oír el resonante sonido de desenfreno que salía por las ventanas y la puerta abierta. Estaba decorado al estilo Tudor, con entramado de madera, vieja y carcomida, que solo resistía en pie gracias a los conjuros de los brujos. Detrás de la barra, el propietario licántropo, Ernie, tiraba pintas de cerveza: la numerosa clientela era una mezcla de pixies, vampiros, licántropos y brujos.

En un lugar así, el recibimiento normal a unos cazadores de sombras hubiera sido bastante frío, pero los clientes del Devil's Tavern estaban acostumbrados a los chicos. Saludaron a James, Christopher, Matthew y Thomas con gritos de bienvenida y algo de burla. James se entretuvo en la barra para pedirle las bebidas a Polly, la camarera, mientras los otros subían a sus habitaciones, chorreando icor a cada paso.

Polly era una licántropa, y había cobijado a los chicos bajo su ala tres años antes, cuando James le alquiló las habitaciones del desván, buscando un lugar privado donde sus amigos y él pudieran retirarse sin tener a sus padres controlándolos. Ella había sido la primera en llamarlos «los Alegres Compañeros», pensando en Robin Hood y sus hombres. James sospechaba que él era Robin de Locksley y Matthew sería Will Scarlett. Sin duda, Thomas era el Pequeño John.

Polly rio por lo bajo.

—Casi no los reconocí cuando entraron en tropel cubiertos de eso... como se llame.

—Icor —repuso James mientras aceptaba una botella de vino blanco alemán—. Es sangre de demonio.

Polly arrugó la nariz y se colgó del hombro varios trapos de cocina bastante gastados. Le pasó uno a él, que se lo apretó contra el corte que tenía en la mano. Había parado de sangrar, pero aún lo notaba palpar.

—Caramba.

—Hacía siglos que no habíamos visto un demonio en Londres —comentó James—. Quizá nuestro tiempo de reacción no haya sido tan corto como debería.

—Supongo que tienen demasiado miedo para dejarse ver —repuso Polly amistosamente, y se volvió para ponerle un vaso de ginebra a Pickles, el kelpie que se hospedaba allí.

—¿Miedo? —repitió James deteniéndose—. ¿Miedo de qué?

Polly se quedó parada.

—Oh, nada nada —contestó esquiva, y se encaminó rápidamente—.

te a la otra punta de la barra. James frunció el ceño y se dirigió hacia el piso de arriba. A veces, los subterráneos se comportaban de modo misterioso.

Los tramos de escalones chirriantes llevaban hasta una puerta de madera en la que se había grabado una frase años atrás: NO IMPORTA CÓMO MUERE UN HOMBRE, SINO CÓMO VIVE. S. J.

James empujó la puerta con el hombro y encontró a Matthew y a Thomas apoltronados ante una mesa circular situada en el centro de la habitación de paredes de madera. Varias ventanas, con el vidrio marcado por el tiempo, daban a Fleet Street, iluminada intermitentemente por farolas, y al Palacio Real de Justicia, al otro lado de la calle, recortado vagamente contra la noche nublada.

La habitación era un lugar entrañable y conocido, con paredes gastadas, una colección de muebles viejos y un pequeño fuego ardiendo en la chimenea. Sobre la repisa de esta había un busto de Apolo, con la nariz descascarillada desde hacía mucho. Las paredes estaban cubiertas con libros sobre lo oculto escritos por magos mundanos: la biblioteca del Instituto no permitía esas cosas, pero James los coleccionaba. Le fascinaba la idea de que hubiera los que, sin haber nacido en el mundo de la magia y las sombras, los ansiaran, sin embargo, con tal fuerza que habían aprendido cómo abrir las puertas.

Tanto Thomas como Matthew se habían apresurado a sacarse el icor de encima; llevaban ropa limpia, aunque arrugada, y aún tenían el pelo (el de Thomas castaño claro y el de Matthew de un dorado oscuro) húmedo.

—¡James! —exclamó Matthew al ver a su amigo. Los ojos le brillaban sospechosamente; ya había una botella de coñac medio vacía sobre la mesa—. ¿Es una botella de alcohol barato lo que veo ante mí?

James dejó el vino sobre la mesa mientras Christopher salía de un pequeño dormitorio al fondo del desván. El dormitorio había estado allí antes de que ellos ocuparan el lugar; aún había una cama,

pero ninguno de los Alegres Compañeros lo usaba más que para lavarse, guardar armas y cambiarse de ropa.

—James —dijo Christopher, complacido—. Pensaba que te habías ido a casa.

—¿Y por qué voy a irme a casa? —James se sentó junto a Matthew y tiró uno de los trapos de cocina de Polly sobre la mesa.

—Ni idea —contestó Christopher alegremente mientras acercaba una silla—. Pero podrías haberlo hecho. La gente hace cosas raras todo el rato. Teníamos una cocinera que se fue a hacer la compra y la encontramos dos semanas después en Regent's Park. Se había vuelto cuidadora del zoo.

Thomas alzó una ceja. Nunca estaban seguros de si debían creer completamente las historias de Christopher. No era un mentiroso, pero cuando se trataba de algo que no fueran matraces y tubos de ensayo, tendía a prestar solo una fracción de su atención.

Christopher era el hijo de Cecily y Gabriel, tíos de James. Tenía la delicada estructura ósea de sus padres, el pelo castaño oscuro y unos ojos de los que solo podía decirse que tenían el color de las lilas. «Un desperdicio, en un chico», solía decir Cecily con un suspiro resignado. Christopher debería haber sido popular entre las chicas, pero los gruesos lentes que usaba le oscurecían la mayor parte del rostro y siempre tenía pólvora metida bajo las uñas. La mayoría de los cazadores de sombras miraban las armas de fuego con desconfianza o desinterés; las runas colocadas sobre el metal o las balas impedían que la pólvora ardiera, y las armas sin runas eran inútiles contra los demonios. Sin embargo, Christopher estaba obsesionado con la idea de conseguir adaptar las armas de fuego a las necesidades de los nefilim. James no podía negar que la idea de colocar un cañón en el tejado del Instituto tenía cierto atractivo.

—La mano —dijo Matthew de repente mientras se inclinaba hacia delante y clavaba los ojos en James—. ¿Qué te ha pasado?

—Es solo un corte —le aseguró este abriendo la mano. La herida

era un largo corte en diagonal en la palma. Cuando Matthew le tomó la mano a James, la pulsera de plata que siempre llevaba en la muñeca tintineó contra la botella de vino.

—Deberías habérmelo dicho —protestó Matthew mientras se llevaba la mano al chaleco para sacar la estela—. Te lo habría curado en el callejón.

—Lo olvidé —se defendió James.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Thomas, que estaba pasando el dedo por el borde de su vaso.

Thomas era irritantemente perceptivo.

—Fue muy rápido —respondió James con cierta renuencia.

—Muchas cosas pasan «muy rápido» y también son muy malas —sentenció Matthew mientras colocaba la punta de la estela sobre la piel de James—. La guillotina, por ejemplo, baja muy rápido. Cuando los experimentos de Christopher estallan, suelen hacerlo muy rápido.

—Como pueden ver, ni he estallado ni he sido guillotinado —replicó James—. Entré... en el reino de las sombras.

Matthew alzó la cabeza de golpe, aunque mantuvo la mano firme mientras el *iratze*, la runa curativa, tomaba forma sobre la piel de James. Este notó que el dolor de la mano comenzaba a remitir.

—Pensaba que Jem te había ayudado.

—Y me ayudó. Ha pasado un año desde la última vez. —James negó con la cabeza—. Supongo que era demasiado esperar que se hubiera acabado para siempre.

—¿No te suele pasar cuando estás inquieto? —quiso saber Thomas—. ¿Te estaba atacando el demonio?

—No —respondió James al instante—. No, no puedo imaginarme... No. —James casi había ansiado la lucha. Había sido un verano frustrante, el primero en más de una década que no había pasado con su familia en Idris.

Idris se hallaba en Europa Central. Protegido por todos lados, era un país intocado, oculto a los ojos de los mundanos y de los inventos

de estos: un lugar sin trenes ni fábricas ni humo de carbón. James sabía por qué su familia no había podido ir ese año, pero tenía sus propias razones para desear estar allí en vez de en Londres. Patrullar había sido una de sus pocas distracciones.

—Los demonios no inquietan a nuestro chico —afirmó Matthew, acabando la runa curativa. Tan cerca de su *parabatai*, James podía captar el familiar olor del jabón de Matthew, mezclado con el alcohol—. Debe de haber sido alguna otra cosa.

—Entonces, deberías hablar con tu tío, Jamie —indicó Thomas.

James negó con la cabeza. No quería molestar a su tío Jem sobre lo que, en ese momento, solo le parecía un parpadeo momentáneo.

—No ha sido nada. Me sorprendió el demonio y apreté la hoja por accidente. Estoy seguro de que fue eso lo que lo causó.

—¿Te volviste una sombra? —inquirió Matthew mientras guardaba su estela.

A veces, cuando James era arrastrado al reino de las sombras, sus amigos explicaban que lo veían con los bordes borrosos. En algunas ocasiones, se había transformado del todo en una sombra, con la forma de James, pero transparente e incorpóreo.

Y unas pocas veces, muy pocas, había sido capaz de convertirse en una sombra para atravesar algo sólido. Pero no quería hablar de esas veces.

Christopher alzó la cabeza de su libreta.

—Hablando del demonio...

—Lo que estábamos haciendo... —indicó Matthew.

—¿... de que clase hemos dicho que era? —preguntó Christopher ignorando su interrupción mientras mordisqueaba el extremo del lápiz. A menudo tomaba notas de sus expediciones en busca de demonios. Decía que lo ayudaba en su investigación—. Al que estalló, me refiero.

—¿En oposición al que no lo hizo? —ironizó James.

Thomas, que tenía una excelente memoria para los detalles, contestó.

—Era un deumas, Christopher. Qué raro que estuviera aquí; por lo general no se les encuentra en las ciudades.

—He guardado un poco de su icor —informó Christopher, y de algún lugar de su saco sacó un tubo de ensayo con un tapón de corcho y lleno de una sustancia verdosa—. Les advierto que no se lo beban.

—Te aseguro que no teníamos ningún plan de hacer algo así, cabeza hueca —se burló Thomas.

Matthew se estremeció.

—Ya basta de hablar de icor. ¡Brindemos por que Thomas ha vuelto a casa!

Thomas protestó. James alzó el vaso y brindó con Matthew. Christopher estaba a punto de chocar el tubo de ensayo con el vaso de James cuando Matthew, mascullando palabrotas, se lo confiscó y le pasó un vaso de vino.

Thomas, a pesar de sus objeciones, parecía contento. La mayoría de los cazadores de sombras hacían una especie de gran viaje al cumplir los dieciocho; se marchaban de su Instituto a otro en el extranjero. Hacía una semana que Thomas había regresado después de pasar nueve meses en Madrid. La intención de ese viaje era aprender nuevas costumbres y ensanchar el propio horizonte: sin duda, Thomas se había ensanchado, aunque sobre todo en el sentido físico.

Aunque era el mayor del grupo, Thomas era más bien bajito. Cuando James, Matthew y Christopher llegaron al muelle para esperar su llegada en barco desde España, fueron recorriendo la multitud y a punto estuvieron de no reconocer a su amigo en el joven musculoso que descendía por la pasarela. Thomas había dado un buen estirón y estaba bronceado como si se hubiera criado en una granja en vez de en Londres. Era capaz de blandir un mandoble con una sola mano, y en España había adoptado su nueva arma, las *boleadoras*, hecha de gruesas cuerdas y pesos que hacía girar por encima de su cabeza. Matthew solía decir que era como ser colegas de un gigante bueno.

—Cuando terminen, tengo noticias —informó Thomas, inclinándose hacia atrás con la silla—. ¿Saben de la vieja casa de Chiswick que había pertenecido a mi abuelo? ¿La que llamaban Lightwood Hall? La Clave se la dio a mi tía Tatiana hace unos años, pero ella nunca la ha usado; prefiere quedarse en Idris, en casa de mi prima, estaa...

—Gertrude —lo ayudó Christopher.

—Grace —intervino James—. Se llama Grace.

—Sí, Grace —convino Thomas—. Mi tía Tatiana siempre las ha mantenido en un espléndido aislamiento en Idris, sin visitas ni nada de eso, pero al parecer ha decidido regresar a Londres, y mis padres están de lo más agitados por eso.

A James el corazón le dio un lento y duro vuelco.

—Grace... —comenzó, y vio que Matthew le lanzaba una rápida mirada de reojo—. Grace... ¿va a venir a Londres?

—Al parecer, Tatiana quiere presentarla en sociedad. —Thomas parecía perplejo—. Supongo que la has conocido en Idris, ¿no? ¿Tu casa no está tocando a la mansión Blackthorn?

James asintió mecánicamente. Notó el peso de la pulsera en la muñeca derecha, aunque ya hacía tantos años que la llevaba que, por lo general, ni notaba su presencia.

—La veo todos los veranos —respondió—. Este no, claro.

«Este no.» No había podido discutir con sus padres cuando le dijeron que la familia Herondale pasaría ese verano en Londres. No había sido capaz de mencionarles la razón por la que quería regresar a Idris. Después de todo, por lo que ellos sabían, él casi ni conocía a Grace. El malestar, el horror que se apoderó de él al pensar que no iba a verla durante otro año no era algo que pudiera explicar.

Era un secreto que guardaba desde los trece años. En su cabeza, podía ver las altas rejas alzándose ante la mansión Blackthorn, y sus propias manos ante él; las manos de un niño, sin cicatrices, cortando laboriosamente las ramas de espino. Veía el gran salón en la man-

sión, y las cortinas volando sobre las ventanas, y oía la música. Y podía ver a Grace con su vestido de color marfil.

Matthew lo estaba observando con ojos verdes pensativos, que ya no bailaban contentos. Matthew, el único entre los amigos de James que sabía que existía una conexión entre James y Grace Blackthorn.

—Londres está a rebosar de recién llegados —comentó Matthew—. La familia Carstairs pronto estará con nosotros, ¿no es cierto?

James asintió.

—Lucie está loca de contenta por ver a Cordelia.

Matthew se sirvió un poco más de vino.

—No se les puede culpar de que se hayan hartado de la vida rural de Devon; ¿cómo se llama la casa que tienen? ¿Cirenworth? Creo que llegarán en un día o dos...

A Thomas se le cayó la copa. La copa de James y el tubo de ensayo de Christopher se fueron al suelo con ella. Thomas aún se estaba acostumbrando a ocupar tanto espacio en el mundo, y a veces resultaba muy torpe.

—¿Has dicho que viene toda la familia Carstairs? —preguntó.

—Menos Elias Carstairs —contestó Matthew. Elias era el padre de Cordelia—. Pero Cordelia sí, y, claro... —Dejó la frase colgando.

—Oh, maldita sea —exclamó Christopher—. Alastair Carstairs. —Palideció levemente—. No recuerdo mal, ¿verdad? ¿Es un insoportable?

—«Insoportable» es decir poco —repuso James. Thomas estaba recogiendo el vino derramado; James lo miró preocupado. En la escuela, Thomas había sido un niño pequeño y tímido, y Alastair, un bravucón—. Podemos evitar a Alastair, Tom. No hay ninguna razón para que estemos con él, y tampoco me imagino que él esté ansioso por estar con nosotros.

Thomas farfulló, pero no en respuesta a lo que James había dicho. El contenido del tubo de ensayo derramado se había vuelto de

un morado violento y comenzaba a atravesar la mesa. Todos se levantaron de un salto para rescatar los trapos de cocina de Polly. Thomas lanzó una jarra de agua a la mesa, pero empapó a Christopher, y a Matthew le dio un ataque de risa.

—Vaya —dijo Christopher, apartándose el pelo mojado de los ojos—. Me parece que ha funcionado, Tom. El ácido ha sido neutralizado.

Thomas estaba sacudiendo la cabeza.

—Alguien debería neutralizarte a ti, cabeza hueca...

Matthew se moría de risa.

En medio del caos, James no pudo evitar sentirse muy lejos de allí. Durante tantos años, en muchos cientos de cartas secretas entre Londres y Idris, Grace y él se habían jurado que algún día estarían juntos; que un día, cuando fueran adultos, se casarían, lo quisieran o no sus padres, y vivirían juntos en Londres. Siempre había sido el sueño de ambos.

Entonces, ¿por qué no le había dicho que iba a Londres?

—¡Oh, mira! ¡El Royal Albert Hall! —gritó Cordelia, aplastando la nariz contra la ventanilla del carruaje. Era un día espléndido, con el brillante sol bañando las calles de Londres y haciendo que las filas de casas blancas de South Kensington resplandecieran como las filas de las fichas de marfil de un caro juego de ajedrez—. Londres sí que tiene una arquitectura maravillosa.

—Aguda observación —soltó su hermano mayor, Alastair, que estaba dejando muy claro que leía un libro en el rincón del carruaje, como para anunciar que no se iba a molestar en mirar por la ventana—. Estoy seguro de que nadie ha comentado nada sobre los edificios de Londres antes.

Cordelia lo miró mal, pero él no alzó los ojos. ¿Acaso no podía ver que estaba tratando de animarlos a todos? Su madre, Sona, se apoyaba exhausta contra la pared del carruaje, con profundas ojeras

violetas bajo los ojos, y la piel, normalmente de un marrón radiante, apagada. Cordelia llevaba ya varias semanas preocupada por ella, desde que las noticias sobre su padre habían llegado a Devon desde Idris.

—La cuestión, Alastair, es que ahora estamos aquí para vivir, no de visita. Conoceremos a otras personas, podremos invitar a gente; no hace falta que nos quedemos en el Instituto, aunque me gustaría estar cerca de Lucie...

—Y James —añadió Alastair sin levantar la mirada del libro. Cordelia rechinó los dientes.

—Niños. —La madre de Cordelia los miró reprobadora. Alastair parecía molesto; solo le faltaba un mes para cumplir los diecinueve años y, al menos en su cabeza, no era ningún niño—. Esto es serio. Como saben bien, no estamos en Londres para divertirnos. Estamos en Londres en representación de nuestra familia.

Cordelia intercambió una mirada menos hostil con su hermano. Sabía que él también estaba preocupado por Sona, aunque nunca lo hubiera admitido. Por millonésima vez se preguntó cuánto sabría él sobre la situación de su padre. Pero estaba segura de que sabía más que ella y de que nunca le contaría nada de lo que supiera.

Notó un estremecimiento nervioso cuando el carruaje se detuvo delante del 102 de Cornwall Gardens, una más de una fila de elegantes casas blancas victorianas con el número pintado de un austero negro en la columna de la derecha. Había varias personas en lo alto de los escalones de entrada, bajo el soportal. Al instante, Cordelia reconoció a Lucie Herondale, un poco más alta que la última vez que la había visto. Su cabello castaño claro estaba recogido bajo el sombrero, y el saco y la falda azul celeste le hacían juego con los ojos.

Junto a ella había dos personas más. Una era la madre de Lucie, Tessa Herondale, la famosa, al menos entre los cazadores de sombras, esposa de Will Herondale, quien dirigía el Instituto de Londres. Parecía solo un poco mayor que su hija, porque Tessa era inmortal, una bruja y una cambiante que no envejecía.

Y junto a Tessa estaba James.

Cordelia recordaba que una vez, cuando era una niña pequeña, había tratado de acariciar a un cisne en el estaque junto a su casa. El ave se había lanzado contra ella, golpeándola en el tórax y tirándola al suelo. Durante varios minutos había permanecido sobre la hierba, asfixiándose y tratando de recuperar el aliento, aterrorizada pensando que nunca más conseguiría meterse aire en los pulmones.

Suponía que no era lo más romántico del mundo decir que cada vez que veía a James Herondale se sentía como si la hubiera atacado un ave, pero era cierto.

Era guapo, tan guapo que a Cordelia se le olvidaba respirar cuando lo miraba. Tenía el pelo negro, rebelde y caído hacia delante, y parecía muy suave al tacto, y sus largas pestañas oscuras le remarcaban los ojos, del color de la miel o el ámbar. Ya tenía diecisiete años, y había dejado de ser un niño desgarrado para convertirse en un encantador y esbelto joven, perfectamente construido, como una maravillosa obra arquitectónica.

—¡Uff! —Tocó el suelo con los pies y casi se fue para delante. De algún modo, había abierto la puerta del carruaje y se hallaba de pie sobre la acera; bueno, tambaleándose más que de pie, mientras intentaba mantener el equilibrio sobre unas piernas que se le habían quedado dormidas después de horas de no usarlas.

Al instante, James la tomó por el brazo, estabilizándola.

—¿Daisy? —le preguntó—. ¿Estás bien?

El apodo con el que la llamaba. James no lo había olvidado.

—Un poco entumecida. —Miró alrededor, avergonzada—. Esperaba llegar con más gracia.

—Nada de que preocuparse. —James le sonrió y a Cordelia el corazón le dio un vuelco—. El pavimento de South Kensington es fatal. Más de una vez me ha atacado.

«Responde con inteligencia —se dijo a sí misma—. Di algo ocu-
rriente.»